

ELLA

— **¿No ves que es necesario matarla?**

— Matar a la muerte puede parecer irónico cuando no lo crees verdaderamente necesario, ¿verdad? A veces, la escucho con el inconfundible repiqueteo de sus tacones de aguja fina, cada vez más y más cerca, como tambores de guerra. Busco frenéticamente a mi alrededor para encontrar una salida, una escapatoria, pero simplemente no la hallo por ninguna parte. Su pelo ensortijado, salvaje, ondea al son de su caminar. Es Medusa y yo llevo petrificado desde que la conocí.

No soy capaz de alzar la mirada porque sé que no seré capaz de resistirme a la suya. La veo alargar su esquelética garra y me acaricia la mano. Comienzo a temblar, casi de manera enfermiza.

Me insta a que la mire, pero no quiero, no puedo. Ante mi negativa, levanta su mano hacia mi barbilla y me obliga a enfrentarme a ella.

Levantando sus elegantes pestañas con parsimonia, posa su mirada en mí. Y en su mirada... encuentro por una fracción de segundo la calma en medio de todo este huracán.

Tuerce el cuello y me observa. Y solo entonces, querido amigo, me sonrío. Me sonrío con esa sonrisa maquiavélica y soberbia, porque tiene el control y lo sabe. Porque desde el mismo día que la conocí, yo ya estaba perdido.

Finge que me quiere, solo porque sabe que me tiene a sus pies de manicura francesa. Para todo lo que ella egoístamente quiera...

Siento una intensa sensación de miedo; una perturbación angustiosa del ánimo se apodera de mí cada vez que su imagen pasa por mi cabeza. Se trata de un terror que supera todos mis controles cerebrales y de repente, dejo de pensar de forma racional.

Cada vez que me sonrío me entran ganas de arrancarle su preciosa dentadura de resina pieza por pieza y que la sangre caiga como un manantial por mis brazos. Quiero quemarle la mirada de manera que no quede ni rastro de ella más que las cenizas, para que yo pueda aspirarlas con su ruidosa aspiradora que suele pasar en mis horas de la siesta.

Y no, no la mato porque al final ella es mi suegra y mi mujer me crujiría en el divorcio.

La frase es de la novela: Cita con la muerte — Agatha Christie